

# La mujer desatada

**E**l título de esta *nouvelle* de Ana María del Río—*Siete días de la señora K.*, en Planeta—despierta asociaciones: una semana es el tiempo que Dios demoró en construir el mundo, y K. era el atribulado protagonista de *El proceso* y *El castillo* de Kafka, quien intentaba vivir normalmente en un mundo sin significados. En efecto, la obra de esta autora chilena tiene mucho de una creación paulatina y completa, y algo de otro proceso: el de ir dándole sentido a un mundo rígido y seco, para el cual la primera actriz de este drama tiene una palabra y una imagen: “corcho”. El corcho es lo que sujeta la rápida llama del vino, su sequedad impide que fluya el beneficioso líquido. Aunque para completar el guiño a Kafka, la señora K. podría haberse llamado Gregoria, en homenaje al protagonista de *La metamorfosis*, Gregorio Samsa, quien al despertar una mañana tras un sueño intranquilo, se encontró en su cama convertido en un monstruoso insecto.

La señora K. es una entre miles de mujeres rutinariamente casadas. Un marido rápido y sociable en las fiestas, pero no en la casa, tres niños despeinados, una suegra metete y, más que nada, una inmensa insatisfacción y la sospecha de que la vida no puede ser eso. En una depresión muy femenina, ha hecho girar el universo en torno a su hogar, ha cultivado el “apequenamiento” comparándose desventajosamente con otras mujeres, se ha consumido “mirándole las muchas maneras que tenía su marido para no estar con ella”. Detrás de los rígidos barrotes de la rutina, la señora presiente sin embargo una extraña libertad oscura.

De pronto acontece el primer día de la creación: los hijos parten de vacaciones por una semana y, casi al compás, el marido toma el avión rumbo a sus imprevistos negocios. Madame se queda sola de ellos, pero comienza por primera vez a encontrar la más cercana y misteriosa compañía: la de su propio cuerpo.

El cuerpo, tantas veces replegado, aprovecha la soledad para gritarle su presencia, le desordena la casa y las ganas, le revela a su tacto sorprendido misterios meticulosamente ignorados por el cónyuge: la cavidad tras la rodilla, el vértigo de las axilas. La casa vacía se va transformando en un santuario erótico, ritos lúdicos sobre la piel, voracidad de las humedades. La señora K. va haciéndose cargo de su maravilloso instrumento en la busca hacia el centro de su ser, un paraíso que se revela líquido y vegetal. Mas la mera soledad, dispersados hijos y marido,

esos officiosos vigilantes de que la mujer se enriele en su rol, no bastan para que surja la voz del ancestro: hay además una presencia en la casa, un cierto hálito, una rebelión de puertas abiertas. Crece la temperatura de la mujer y aumenta la sospecha de algo erótico y sublevado que transita fugaz, de alguien que enrolla la manguera, un delicioso misterio, una bienvenida turbación.

Los lectores nos maravillamos con el sereno ritmo de este artificio: ¿es la secreta presencia de este amante una imagen del cuerpo sublevado de la dama, o la presencia real del muchacho perfectamente viril que trae un telegrama y acaso semen apocalíptico?

Ana María del Río crea una deliciosa tensión con esta incertidumbre. Su heroína que no tiene nada de especial, comien-



La obra de esta autora chilena, Ana María del Río, tiene mucho de una creación paulatina y completa, y algo de otro proceso: el de ir dándole sentido a un mundo rígido y seco.

za a sentirse bella y, junto con esta germinación del personaje, crece en el lector la complicidad del descubrimiento de la libertad. Dosificando los tonos eróticos, la lectura y el amante previsible y deseado comienzan a fundirse. La deliciosa ambigüedad persiste hasta el fin de la novela, cuando la desfachatez sensual se derrama: “la señora K. se sentía ingravida, como sin timón, y al mismo tiempo con una líquida seguridad de haber encontrado el eje de su propio cuerpo”. Estas páginas celebran el autoplacer,

la piel ardiente, el pliegue secreto, la reverencia del orgasmo. La autora se desprende de los pudores, casi a la misma velocidad con que la protagonista hace una fiesta de su cuerpo.

Se diría que con esta obra, Ana María del Río recorre el camino inverso de su triunfal *Oxido de Carmen*, que hace algunos años obtuviera el premio de novela Andrés Bello: allí una preciosa adolescente, libre, sensual, desprejuiciada, imaginativa, iba siendo paulatinamente sometida por la rigidez de la familia, hasta conducirla al encierro, la asfixia mental y el suicidio. Esa pequeña obra maestra, puede

haber sido el arranque de esta hermosa venganza de Ana María del Río: del sinsabor de la rutina a las efemérides de los sentidos. Ahí está el trayecto de años de discusión sobre la liberación de las mujeres, unida a acciones prácticas de las cuales este libro da desvergonzada cuenta.

## EL ANGEL DE LA BOMBAL

Algo hay en este asunto de los intangibles desvaríos de la genial María Luisa Bombal, sólo que ahora el lenguaje y los arrebatos son más carnales. Como ángel de la guarda, ronda la presencia del amante de *La última niebla*. Nada reprochable inscribir una obra en una prestigiosa tradición. Pero, donde Ana María del Río tiene que cuidarse un resto es en ciertas efusiones poéticas que merecen castigo severo en la segunda pasada por el procesador de palabras. Hay arrestos que provocan sonrisas: “le bajaron dos certezas profundas, como guirnalda

aposeñándose en la sien”. O esta descripción del eventual amante: “tenía la bella mirada de la arena turbulenta”. Y no menos cursi es la gota de semen que se asoma en el altivo cuerpo del amado: “una punta de lágrima transparente de ansiedad”. Por cierto que estas frases aluden más al detalle de la orfebrería literaria que al cuerpo macizo de la obra. Aparte de estos pelos de la cola, *Los siete días de la señora K.* ofrecen una lectura intensa, armónica y, por qué no decirlo, maliciosa.■